

January 2011

El ciudadano ambiental

Yebrail Castañeda Lozano

Universidad de La Salle, Bogotá, ycastaneda@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Castañeda Lozano, Y. (2011). El ciudadano ambiental. Revista de la Universidad de La Salle, (55), 165-182.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

El ciudadano ambiental

Yebrail Castañeda Lozano*

■ Resumen

En este escrito se pretende reflexionar sobre la evolución de un ciudadano que es consciente de su compromiso benevolente con la naturaleza y con lo ambiental. Gracias a esta conciencia emerge el enunciado de ciudadano ambiental dentro de una trama paradójica: por un lado, por su radicalizado individualismo y, por el otro, por la necesidad de apertura frente a lo comunitario y lo ambiental. El individuo de Occidente visibiliza esta tensión, en un primer momento, por sus experiencias egocéntricas, instrumentalistas, egoístas, narcisistas, hedonistas y *vacuosas*. Sin embargo, en un segundo momento, las atenúa por sus actitudes de comprensión, de compasión y de sensibilidad frente a lo natural y a los demás. Este artículo abordará las nociones de *ciudadano*, *individuo* y *felicidad*, y mostrará las mutaciones que ha desarrollado por la premodernidad, la modernidad y la posmodernidad, cuyos dinamismos deficitarios se han transformado en alternativas virtuosas, constituyendo a un individuo que disipa las contradicciones del subjetivismo ético para conformar a un ciudadano ambiental que enfrenta el relativismo educativo con el diseño de caminos de preservación, cuidado y protección ambiental.

Palabras clave: ciudadano egocéntrico, egoísta, vacío, ambiental.

* Docente de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de La Salle, del Programa de Licenciatura en Educación Religiosa. Licenciado en Filosofía y Letras y Especialista en Filosofía de la Educación de la Universidad de La Salle. Maestría en Educación de la Universidad Javeriana. Perteneciente al grupo de Educación Ciudadana, Ética y Política, clasificado en la categoría A. Correo electrónico: ycastaneda@unisalle.edu.co

Introducción

En este artículo se busca de manera paradójica la reflexión sobre un ciudadano ambiental que es el resultado de una tradición deficitaria de visiones de ciudadano que han profundizado su individualismo con el propósito de obtener el máximo de felicidad. Este proyecto de certidumbres a lo largo de los siglos se ha transformado en las mayores incertidumbres de la humanidad. Dichas inestabilidades se han presentado de manera profunda y duradera, cuestionando seriamente a los hombres y a las mujeres por el sentido de la crisis, de la tragedia y del desencanto. Estos cambios insospechados llevan a la humanidad a vivir y experimentar seriamente la vacuidad. No obstante, la incertidumbre y la vacuidad se transforman en los espacios virtuosos para reflexionar sobre una ciudadanía conectada con la trascendencia, con los demás y con la naturaleza. Para argumentar este doble movimiento se desarrollarán tres apartados.

En el primer apartado se abordará la noción de *ciudadano* que ha evolucionado junto con los enunciados sobre el individuo y la felicidad. Esta fusión trajo el proyecto común de asegurar la felicidad ciudadana para garantizar su bienestar particular. De aquí que se desagreguen los ciudadanos egocéntricos, egoístas y *vacuosos*. Dicha clasificación ha sido modelada por una premodernidad objetivista, por una modernidad subjetivista y por una posmodernidad narcisista.

En el segundo apartado se abordarán los dinamismos de manera contradictoria sobre cada uno de los acentos ciudadanos que llevaron al ciudadano a vivir la incertidumbre y la *vacuosidad*. Que han configurado a un individuo egocéntrico, instrumentalista, egoísta, hedonista, consumista, pero al mismo tiempo, *vacuoso*. Los dinamismos paradójicos que se analizarán son el del individualismo, el pragmatismo, el consumismo y la vacuidad. Este ciudadano producto de la premodernidad, la modernidad y la posmodernidad, contradictoriamente es el mismo ciudadano que tiene actitudes cordiales, compasivas y sensibles con la trascendencia, con el prójimo y con el ambiente.

Se finaliza el artículo describiendo al ciudadano ambiental que emerge en la mayor tensión ciudadana por su individualidad egoísta, narcisista y *vacuosa*. Que transversalizada por una sociedad del conocimiento favorecedora de lo

práctico, lo funcional y lo útil, lo incorpora en su preocupación por lo ambiental, asumiendo actitudes sensibles de cuidado, de preservación y de protección. En esta perspectiva de la ciudadanía ambiental se disuelve la doble paradoja de carácter subjetivista —ética y relativista— educativa. La primera no es la expresión de la pura subjetividad, pero tampoco de verdades objetivas de los individuos que pueden conocer los absolutos existenciales. La segunda desde el “relativismo perspectivista”, cuya preservación se hace mediante la “pedagogía del testimonio”.

De la certidumbre hacia la vacuidad ciudadana

En la tradición occidental, la noción de *ciudadano* ha evolucionado junto con los enunciados acerca del individuo y la felicidad. En este capítulo se quiere mostrar que estos enunciados se vincularon en un proyecto común: asegurar, de una vez por todas, el máximo de felicidad ciudadana para garantizar su bienestar particular. Esta búsqueda ciudadana de certidumbres egocéntricas ha tomado giros insospechados, como la incertidumbre del ciudadano egoísta y la vacuidad del ciudadano ambiguo y pusilánime preocupado por su seguridad. Estas acentuaciones ciudadanas han sido modeladas por una premodernidad objetivista, por una modernidad subjetivista y por una posmodernidad narcisista. A continuación se describirán cada uno de estos modelos.

El ciudadano egocéntrico

El concepto de *ciudadano* nace en el mundo griego con las visiones de Sócrates, Platón y Aristóteles, cuya apreciación central es que el ciudadano no es aquel que nace o se sitúa en la polis sino el que tiene características bien definidas para llamársele así. Estas características se expresan en Sócrates en el ciudadano que respeta la ley, como se testimonia en el *Diálogo del Critón* (Platón, 1998). En Platón, el ciudadano es el hombre virtuoso como se ilustra en el mito de la auriga del *Diálogo del Fedro* (Platón, 1965). En Aristóteles, el ciudadano es el hombre prudente que decide lo justo, como se reflexiona en la *Ética a Nicómaco* (Aristóteles, 2004). Estas características de un ciudadano que respeta la ley, que cultiva las virtudes y que le apuesta a la prudencia, tenían

el propósito de asegurar la felicidad, para garantizar el bienestar general y el bienestar particular.

El concepto de *ciudadano* en la antigüedad se erige como aquel individuo que está en interacción con otros individuos para lograr el bien general y de esta forma alcanzar el bien particular. El concepto de *ciudadano* griego premoderno se encuentra entrecruzado por la mentalidad cristiana, que se establece en el Medioevo por la patrística y, más tarde, por la escolástica, cuya tarea residía en objetivar, inteligibilizar y racionalizar la existencia de dios. Aquí hay una reconceptualización de ciudadano cincelada por un individuo que está abierto a obtener la gracia divina, pero al mismo tiempo, que es capaz de cosificar la trascendencia y de poseer la presencia de dios para el beneficio general, pero también su beneficio particular. En la cohesión de la mentalidad griega y de la mentalidad cristiana se configura el concepto de *ciudadano premoderno* que modela una individualidad heteronómica en lo epistemológico con lo verdadero y lo falso, en la ética con lo bueno y lo malo y en lo estético con lo bello y lo feo. Estas demarcaciones gnoseológicas acentuaron en el ciudadano premoderno a un individuo preocupado por su felicidad y por su bienestar particular.

La modernidad reivindicó la racionalidad griega, pero con un énfasis de autonomía frente al objetivismo antiguo, promoviendo una nueva racionalidad de carácter subjetiva. Este cambio de percepción se produjo entre los movimientos culturales del Renacimiento y de la Ilustración. En el Renacimiento emergió el heliocentrismo copernicano por el hegemónico geocentrismo ptolomeico (Copérnico, 1983). Esta nueva visión posibilitó la reflexión evidencialista cartesiana (Descartes, 2006), el abordaje criticista kantiano (Kant, 2002) y los desarrollos aporéticos nietzscheanos (Nietzsche, 1974). Expresiones que se materializaron en la Ilustración, cuya rectoría de la razón giró en el fomento y promoción del sujeto. El ciudadano de la modernidad con la razón ilustrada interiorizada, configura una nueva individualidad frente a los demás: una individualidad ego-céntrica que busca su autopromoción. La preocupación teórica del ciudadano premoderno sobre su bienestar, se disipa con el ciudadano de la modernidad que hace gala de su bienestar por la autonomía que practica. Esta autonomía se evidencia por sus actuaciones de visibilización o de invisibilización, de incluirse o de excluirse, de empoderarse o de eliminarse en las esferas de lo

político, de lo económico o de lo social. Aquí se abre la puerta de entrada del ciudadano modernista.

El modernismo está vinculado con la modernidad. Su espíritu se debe a tres hitos decisivos: la corriente racional subjetiva del pragmatismo, la revolución industrial y la Segunda Guerra Mundial. Fenómenos que se presentaron entre el siglo XIX hasta la mitad del siglo XX. El postulado pragmatista consistió que el criterio de verdad se centraba en la utilidad práctica, en las guías para actuar, y en la preeminencia de los resultados con respecto a su procedencia, no hay espacio para la especulación (Pierce, 2007). En la Revolución Industrial se incorporó el pragmatismo, mediante el cambio de modelo consistente en el reemplazo del trabajo manual por el industrial manufacturado. Emerge una nueva racionalidad de carácter instrumental, mecánica y productiva. Esta racionalidad se aplicó en la Segunda Guerra Mundial porque se procedió de manera industrial. Se cruzaron todos los límites de lo racional procediendo irracionalmente para conquistar territorios y eliminar comunidades. El ciudadano del modernismo conoció y vivió el caos, la inestabilidad y la incertidumbre. Se encontró extraño, descentrado y borroso, tuvo que asumir nuevas dinámicas por los cambios económicos, por la velocidad del vapor y las innovaciones. Su egocentrismo industrial le planteó nuevas relaciones humanas desde la utilidad, la mecanización y la seriación. Estas variaciones configuraron a un ciudadano egocéntrico que se radicalizó en un individuo egoísta en busca únicamente de su bienestar. Emerge el ciudadano posmoderno.

El ciudadano egoísta

El ciudadano egoísta se ubica en la posmodernidad que emerge del intersticio de los movimientos artísticos, culturales, literarios y filosóficos que surgieron en las últimas décadas del siglo XX. Su espíritu estriba en la crítica de la modernidad que se presentaba como la renovadora del pensamiento, de la sociedad y de la cultura. “La posmodernidad representa [...] que todas las trabas institucionales que obstaculizaban la emancipación individual se resquebrajan y desaparecen, dando lugar a las manifestaciones de deseos personales, la realización individual, la autoestima [...] ha llegado la era del vacío, pero sin tragedia ni apocalipsis” (Lipovetsky, 2004: 24). Ante la desestructuración de las

instituciones tradicionales como mecanismos de control, los individuos deciden aceptar o no aceptar dichas entidades. Desde este referente no interesa lo colectivo o lo social sino lo individual y personal. Aumenta el consumo hedonista de carácter cirenaico del placer, del tener y de la satisfacción personal. Pero cuando este consumo entra en crisis, surge el consumo hedonista estoicista, consistente en obtener placer mediante la abstinencia, integrando prácticas morales e higiénicas. El ciudadano posmoderno es un individuo egoísta que transita entre el placer de la liberación, pero al mismo tiempo del placer de la conservación. Su *modus operandi* gira entre el derroche pero también ahorra, es escéptico pero también creyente, es lujurioso pero es abstinento, es autónomo pero también heterónimo, le interesa el bien general teórico pero le preocupa su bien particular en la práctica. Lipovetsky (2004) lo denomina el hombre *hipermoderno*.

La publicidad, el consumo, la moda y el lujo han internalizado a un ciudadano más individualizado y egoísta que se ha transformado en un ciudadano narciso. Es un ciudadano hiperindividualizado e hipernarciso, que Lipovetsky ha definido como un ciudadano hipermoderno:

Una sociedad liberal, caracterizada por el movimiento, la fluidez, la flexibilidad, más desligadas que nunca de los grandes principios estructuradores de la modernidad, que han tenido que adaptarse al ritmo hipermoderno, para no desaparecer. E hipernarcisismo, época de un narciso que se tiene por maduro, responsable, organizado, eficaz, adaptable, y que rompe así con el narciso de los años posmodernos, amante del placer y de las libertades. La responsabilidad ha reemplazado la utopía festiva y la gestión a la protesta: es como si no nos conociéramos ya más que en la ética y en la competencia, en las reglas sensatas y en el éxito profesional (2004: 27).

Este ciudadano egoísta y narciso se caracteriza por su bienestar particular. Le obsesiona la disciplina, es adaptable, amante al placer y a la diversión segura. Este ciudadano es un narciso maduro, es infantil pero al mismo tiempo bien adulto. Lipovetsky realiza una taxonomía de narcisos que denomina como los *narcisos maduros*, el narciso responsable, el narciso eficaz, el narciso gestor, el narciso adaptable. Cada uno de ellos tiene como constante la paradoja entre ser y no ser: "Los individuos hipermodernos están a la vez más informados y

más desestructurados, son más adultos y más inestables, están menos ideologizados y son más deudores de las modas, son más abiertos y más influenciables, más críticos y más superficiales, más escépticos y menos profundos” (2004: 29). Este ciudadano que es maduro no sale de su vida de Peter Pan, el responsable que se compromete y no realiza sus compromisos, el eficaz se acumula de asuntos y termina quemado, el gestor que administra una familia o una empresa totalmente endeudado, el adaptable que es juicioso y disciplinado pero con un criterio ambiguo por su comportamiento.

El ciudadano de la vacuidad

En la primera década del siglo XXI se ha instaurado un ciudadano depositario de la certidumbre de la premodernidad y de la modernidad, de la incertidumbre del modernismo y de la posmodernidad, y del vacío de la hipermodernidad. Este nuevo ciudadano modela su individualidad desde los principios racionales de la objetividad griega, que la asegura y la protege con una racionalidad divina de características cristianas. Esta doble racionalidad se ilustra concomitantemente con una profunda subjetividad que se manifiesta en un protagonismo en las esferas de lo político, de lo económico y de lo social. Este desarrollo tenía como objetivo central asegurar el máximo de individualidad, de autonomía y bienestar particular. La seguridad proviene de la tradición de las instituciones y de las autoridades, quienes demarcan cómo pensar, cómo actuar y cómo sentir. No obstante, las certidumbres de la premodernidad y de la modernidad del ciudadano que poseía la individualidad centrada en lo objetivo y en lo subjetivo se fueron resquebrajando por el modernismo.

Aquí se ubica un ciudadano desde la incertidumbre, con una individualidad de racionalidad pragmática, cuyas relaciones con dios, con los demás y con la naturaleza se cosifican, se manufacturan y se mecanizan. Las acciones y las actuaciones de este ciudadano se reducen a la utilidad, lo instrumental y a los resultados. Emerge una nueva lógica donde se alteran los medios y los fines, se distorsiona lo útil de lo verdadero y se desplaza lo esencial por lo efímero. Estas expresiones se desarrollan plenamente en la posmodernidad, desplazando a un ciudadano con una individualidad egocéntrica por una individualidad egoísta, cuya racionalidad gira entre el hedonismo y el narcisismo. Estas nuevas

conciencias no son el resultado de la espontaneidad o del azar. De aquí surge un nuevo proyecto desde el consumo, que busca minimizar la incertidumbre, el riesgo y la catástrofe. Para ello surgen nuevas instituciones flexibles, personalizadas y adaptadas a estas nuevas individualidades ciudadanas. Las instituciones son empresas a la medida, políticas populistas, iglesias personalizadas, planes dirigidos para la pensión, para la salud, para la recreación y para vivir.

Este ciudadano egoísta de la posmodernidad que vive pendiente de su adrenalina, de los cambios acelerados, de los riesgos y de los peligros, se obsesiona por su seguridad, para no dejarse sorprender; se mueve en la sociedad de la seguridad. Esta sociedad se encuentra transversalizada por la sociedad del conocimiento, cuya base está en la innovación, en la producción y en las tecnologías de la información y de la comunicación (Mansel, 1998). Que junto con la sociedad industrial (Bell, 1974) y la sociedad informacional (Masuda, 1984) emerge en contraposición a la sociedad de la seguridad, la sociedad del riesgo:

[...] quien considera que en nuestros días vivimos en una sociedad de alto riesgo: la tecnología actual ha creado nuevas formas de riesgo e impone una peligrosidad cualitativamente distinta a la del pasado [...]. Gracias a las revoluciones de la desindustrialización, esta transformación plantea una nueva forma filosófica de entender el trabajo, el sexo, relaciones sociales, estrato socio-económico y formas de producción. Es la superación definitiva de la industrialización clásica (Beck, 1994: 147-154).

El ciudadano posmoderno experimenta un vacío que no puede llenar con la satisfacción del placer, del tener, de la abstinencia o la satisfacción de la conectividad, de la interactividad o hipermedialidad que ofrecen los dispositivos tecnológicos. Es un ciudadano que luego de consumir y de tener, se encuentra con la sensación de una profunda vacuidad, que le trae la experiencia de la inseguridad y del sinsentido. Aquí emerge el ciudadano hipermoderno, que se caracteriza por tener una racionalidad profundamente narcisista y egoísta. Su actitud está en construir su seguridad en sí mismo, en lo tecnológico, en el mundo virtual y en lo informacional. Ignora lo real porque le trae inseguridad, desconoce las inestabilidades políticas, no le interesan las incertidumbres económicas y contempla mediáticamente los riesgos ambientales.

Dicho drama constituye un ciudadano que obra con miedo, con indecisión y sin criterio; es un ciudadano pusilánime, que se adapta fácilmente a las circunstancias (competente), en detrimento de su dignidad, para asegurar su bienestar y estabilidad personal. El ciudadano del siglo XXI como receptor de la tradición de la certidumbre pero al mismo tiempo de la incertidumbre, se ha ido modelando como un ciudadano *vacuoso* con una individualidad profundamente egocéntrica, egoísta y narcisista. Este mismo ciudadano clama por una nueva forma de ser donde el sufrimiento de la desesperanza, de la vacuidad y del sinsentido sea alterado por la búsqueda del bienestar general de los demás y de lo ambiental. Sin embargo, para que esto sea posible, la salida se encuentra paradójicamente en los reduccionismos del individualismo, del pragmatismo, del consumismo y de la vacuidad, como se hará en el siguiente capítulo.

Las paradojas de la incertidumbre y de la vacuidad ciudadana

En este capítulo se quiere recoger de las acentuaciones ciudadanas los dinamisismos que llevaron a la incertidumbre y la *vacuosidad* ciudadana. El ciudadano egocéntrico de la premodernidad y la modernidad configuraron un individualismo que tomó una dimensión diferente por el modernismo instrumentalista y utilitarista. Este individuo pragmático que se encuentra desorientado busca su norte, en el consumo hedonista y tecnológico de la posmodernidad. Las relaciones de mercado incorporan a los individuos institucionalizándoles el consumo como el sistema que satisface las necesidades, los deseos y los sueños. De aquí surge la dialéctica de lo lleno y de lo vacío. Si no se consume hay insatisfacción, si se consume hay satisfacción, pero si se consume y no hay satisfacción, se entra en las fronteras de la vacuidad. Aquí emerge un individuo pragmático-consumista-*vacuoso* que en términos de Lipovetsky se denomina el *hiperciudadano*.

En este breve recorrido los dinamisismos que llevaron al ciudadano a los terrenos de la incertidumbre y de lo *vacuosidad* fueron el individualismo, el pragmatismo, el sistema consumista y la propia vacuidad. Estos fenómenos se presentaron en forma deficitaria para la búsqueda de un ciudadano que establezca puentes hacia la trascendencia, hacia los demás y la naturaleza. No obstante, en el interior de estos dinamisismos, se presenta de manera virtuosa la salida de un ciudadano

cordial, compasivo y sensible, con la presencia de la trascendencia, de los demás y de la naturaleza que modelan en últimas al ciudadano ambiental. Para explicar cada una de estas paradojas, se tomarán las tesis de Taylor de su texto *La Ética de la autenticidad*, y de Lipovetsky, *La era del vacío*.

La paradoja del individualismo

La individualidad de la modernidad con respecto a la premodernidad se diferencia por la radical autonomía del sujeto. La radicalidad estriba en la fragmentación de la individualidad por el relativismo. Se considera que el individualismo es el mayor logro de la humanidad, pero al mismo tiempo, su mayor reducción. En la perspectiva de logro, a la persona se le permite elegir, decidir, configurar su vida con una completa variedad de formas sociales y culturales. Como reducción es el egoísmo que provoca una descomposición en las relaciones humanas y ambientales, mediante la pérdida del horizonte de la responsabilidad por el otro y por la naturaleza. Taylor considera “catastrófico confundir estos dos tipos de individualismo, que tiene causas y consecuencias totalmente diferentes. Razón por la cual [...] distingue cuidadosamente entre ‘individualismo’ y ‘egoísmo’” (Taylor, 1991: 56-57). Esta distinción posibilita tres reflexiones de orden psicológico, social y ético; explicaciones que el autor presenta, para argumentar la búsqueda de una sustantiva comprensión de la individualidad.

En la perspectiva psicológica se hace la distinción entre egocentrismo y egoísmo. El primero es el deseo de conocer el mundo para cualificar la individualidad. El segundo tiene una connotación moral, que implica el ejercicio de la libertad y el deseo de sometimiento de los demás, para servirse a uno mismo. En una perspectiva sociológica, la humanidad acoge la libertad para centrar su actuar en su individualidad sin reconocer a los demás. Reduce su horizonte relacional. Se tiene una sensación de poder y libertad sin límites, hay una apertura del libre juego del goce y de la estética del yo (Lipovetsky, 2010), la cultura del narcisismo (Lasch, 1991) y un profundo hedonismo. En una perspectiva ética, el individualismo se ve sometido a la dialéctica de lo bueno y de lo malo sin ningún tipo de síntesis moral. La individualidad en términos reduccionistas se expresa en un hombre fragmentado, que no encuentra ni proporciona ligazones con los demás. “No construye, ni hace parte de los proyectos comunes”

(Taylor, 1991: 138). Para explicar la paradoja del individualismo, de su faceta reduccionista en términos virtuosos, se requiere analizarlo desde el relativismo.

La relación entre el individualismo y el relativismo se funde en el proceso de la autorrealización. Taylor ubica esta relación como aquella “descripción de lo que sería un modo de vida mejor o superior, en el que ‘mejor’ y ‘superior’ se definen no en función de los que se nos ocurre desear o necesitar, sino de ofrecer una norma de lo que deberíamos desear” (Taylor, 1991: 51). Aquí se soluciona la paradoja: el individuo que busca una vida mejor o superior no está dentro de la improvisación o espontaneidad particular, sino dentro de un proceso acordado de normas que media lo que de deberíamos desear. En esta perspectiva, Taylor diferencia entre el relativismo acomodaticio con respecto al relativismo que tiene el principio del respeto mutuo. “La cuestión estriba en que mucha gente se siente llamada a obrar de este modo (relativismo acomodaticio), en que cree que debe actuar así, y tiene la impresión de que se desperdiciarían o desaprovecharían sus vidas de no actuar de esta forma” (Taylor, 1991: 52). Con este rasgo se requiere entender que el individuo si quiere vivir mejor o de forma superior, tiene el derecho de buscar su autorrealización, sin olvidar el derecho que tiene la humanidad de desarrollar su propia forma de vivir. El individuo, si busca su autogobierno, lo hace con conexiones de respeto con la trascendencia, con los demás y con la naturaleza.

La paradoja del pragmatismo

Se había anotado anteriormente que la modernidad es sinónimo de libertad. No obstante, la exagerada autonomía producida por la racionalidad instrumental del modernismo, está produciendo un desencantamiento del mundo. Taylor la entiende como la “racionalidad de la que nos servimos cuando calculamos la aplicación más económica de los medios a un fin dado. La eficiencia máxima, la mejor relación coste-rendimiento, en su medida del éxito” (Taylor, 1991: 40). Esto conduce hacia los valores del mercado que se incorporan en las trayectorias vitales. Una vez que la institución de la sociedad deja de tener una estructura sagrada, una vez que las convenciones sociales y los modos de actuar abandonan los referentes de ordenabilidad, están en cierto modo a disposición de cualquiera. “De forma similar, una vez que las criaturas que

nos rodean pierden el significado que correspondía a su lugar en la cadena del ser, están abiertas a que se las trate como materias primas o instrumentos de nuestros proyectos" (Taylor, 1991: 40). La trascendencia, la vida humana y la naturaleza quedan valoradas en *términos de dinero y de comercio*.

Por ello, se habla de la conservación de diversos símbolos, rituales, normas, instituciones y valores sin los cuales la vida humana carecería realmente de significado: la pérdida de los fines o ideales (Taylor, 1991). Sin embargo, el fatalismo al que puede conducir esta forma de reducción es un error, y esto debido a que nuestro grado de libertad no es neutral, porque tiene sentido reflexionar sobre cuáles son nuestros fines. "Tiene sentido reflexionar sobre cuáles deberían ser nuestros fines, y si la razón instrumental debería tener menos incidencia en nuestras vidas de las que tiene" (Taylor, 1991: 43). La libertad permite hacer lo que se quiere, y la mayor aplicación de la razón instrumental consigue más de aquello que se desea, sea lo que sea. En términos pragmáticos, para comprender los fenómenos de la cultura contemporánea, no se debe recurrir a ideales morales sino a explicaciones de modo de producción, de patrones de consumo o de la seguridad de la opulencia. "[...] la libertad individual y el desarrollo de la razón instrumental se toman como ideas cuyo atractivo intrínseco puede ayudar a explicar su ascendiente, este atractivo se contempla con frecuencia en términos no morales" (Taylor, 1991: 56).

En esta glosa estaría la salida de la paradoja pragmática que subyace en el subjetivismo. Se conoce que las reflexiones morales no se basan en la razón sino en un proceso osmótico formativo-subjetivo, que adopta pareceres éticos, morales y estéticos. "La razón no puede mediar en disputas morales [...] la crítica [...] puede apuntar a los posibles resultados políticos y sociales en que cada persona busque su autorrealización" (Taylor, 1991: 54). Por lo tanto, el ideal de autorrealización es un ideal egocéntrico en las prácticas. La fidelidad personal y la autovaloración son actos valiosos por sí mismos. No obstante, en términos taylorianos, se requiere del deslizamiento del subjetivismo que trae consigo dos tipos de exigencia: la fidelidad al yo y la justicia intersubjetiva, que se comprende como "una aspiración ética, el ideal de autenticidad, no autoriza por sí mismas esas formas egocéntricas" (Taylor, 1991: 89). En otras palabras, la fidelidad al yo se instrumentaliza y se valida técnicamente, si se hace justicia

intersubjetiva, tendiendo puentes activos en pro de la presencia trascendental, en la necesidad de los demás y en la preservación de lo natural.

La paradoja del consumismo

El radicalizado individualismo y el dominio de la racionalidad pragmática se han incorporado en la dinámica de los mercados afectando las vidas humanas. Por ello, el consumo se transforma en el sistema que satisface las necesidades, los deseos y caprichos particulares. Aquí emerge un desencanto que se manifiesta por el desinterés, la insensibilidad y la indiferencia con lo social. Taylor lo afirma:

En una sociedad en la que la gente termina convirtiéndose en ese tipo de individuos que están 'encerrados en sus corazones', pocos querrán participar en su autogobierno. Preferirán quedarse en casa y gozar de las satisfacciones de la vida privada, mientras el gobierno proporciona los medios para el logro de estas satisfacciones y las distribuye de modo general (1991: 44).

El sistema consumista se vale de que los individuos no se interesen por su exterioridad, sino por la satisfacción de las necesidades inmediatas, así este sistema los tiene bajo control. Esta doctrina de manera subterránea ejerce un poder sobre los individuos sin que estos tengan conciencia de ello. Se trata de una pérdida de ilusión y de optimismo para participar activamente en otros escenarios como en la política o en la economía.

El sistema consumista satisface las necesidades y los deseos tanto individuales como colectivos. Conforme a esta dinámica, en la actualidad sería el único sistema que posibilitaría el equilibrio entre las personas y la sociedad. Por lo tanto, la salida a esta paradoja se manifestaría en que si el consumo particular no está vinculado con el consumo social y con la preservación ambiental, no tiene nada que ver con una cultura del consumo adecuado, sino con una cultura del consumo egoísta. La construcción de una cultura adecuada del consumo requiere dos tipos de exigencias: el proyecto personal de la autosatisfacción o autorrealización personal que está responsablemente interpelado socialmente por pertenecer a una familia, a una comunidad o un colectivo. A pesar de que no coincide lo individual con lo colectivo. "Nuestros lazos con los demás, al

igual que las exigencias morales externas, pueden entrar fácilmente en conflicto con nuestro desarrollo personal" (Taylor, 1991: 90). Cabe advertir que las exigencias internas del individuo son la apertura para atender las exigencias colectivas. Estas se exteriorizan en formas egocéntricas, que se deslizan hacia los demás, ya sea de maneras instrumentales o por la autorrealización personal. Es decir, la autosatisfacción personal se resbala, así sea inconscientemente, hacia la satisfacción social. Si la dinámica individual no construye lo social, estamos frente a una especie de nihilismo o una negación los sentidos trascendentales, humanos y naturales.

La paradoja de la vacuidad

La reducción de la individualidad, del pragmatismo y del sistema consumista, si bien radicaliza una individualidad egoísta, paradójicamente es la salida para que este individuo se conecte con el ámbito social. La imposibilidad de dicha conexión se estaría ubicando en los terrenos del nihilismo y de la vacuidad. Sin embargo, lo *vacuoso* en Lipovetsky va más allá de un vacío sin piso. El autor considera que la vacuidad, técnicamente, en un contexto de posmodernidad, se plantea en términos aporéticos que se han constituido como una superestructura cultural "descentrada y heteróclita, materialista y psi, porno y discreta, espectacular y creativa [...]" (Lipovetsky, 2010: 11), binomios de una sociedad hipermoderna, donde el consumo modifica variantes como la temporalidad, la espacialidad y la existencialidad. El hombre se encuentra presionado por los hiperconsumos, por la hipermassmediatización y por la hipertempoespacialidad. Este hombre se encuentra desbordado por la publicidad y el lujo, por la información y las notas periodísticas de toda índole, por el movimiento sin movimiento del tiempo y del espacio producidas por la tecnología. Llega un momento en que se interroga por su sentido y no encuentra respuesta. Este hombre toca el vacío.

Las hipersociedades contienen hiperciudadanos que interrogan permanentemente los sentidos y los sinsentidos de los hiperproblemas que les salen al paso. Aquí emerge la paradoja, porque la vacuidad es la puerta de ingreso para realizar esfuerzos conjuntos de integración entre la vida humana, con la tecnología, el mercado y el cosmos. De esta manera, se constituirá un horizonte de

sentido, que minimizará la vacuidad mediante el diálogo y el reconocimiento. Taylor considera que el diálogo es un rasgo esencial y fundamental de la vida humana. “Nos convertimos en agentes humanos plenos, capaces de comprendernos a nosotros mismos, y por ello de definir una identidad por medio de nuestra adquisición de ricos lenguajes de expresión humana” (Taylor, 1991: 68). El diálogo apunta hacia la significación vital, que cobra sentido con los actos dialógicos que hace el hombre consigo mismo, con los demás y con la naturaleza. Del mismo modo con el reconocimiento, porque agencia la comprensión personal de la autorrealización, transformando las comunidades y asociaciones instrumentalizadoras a las cuales ingresa el individuo en instituciones con sentido y significado. Por lo tanto, “la autenticidad es una faceta del individualismo moderno, y constituye un rasgo de todas las formas de individualismo no solo que acentúen la libertad del individuo sino que también propongan modelos de sociedad” (Taylor, 1991: 78).

El ciudadano ambiental

El ciudadano ambiental en términos de complejidad (Morin, 2003) es una estructura en proceso que se encuentra enmarcada dentro de los acentos ciudadanos de la certidumbre hacia la vacuidad, producidas por la premodernidad, la modernidad y la posmodernidad. A su vez, este ciudadano es el receptor de las paradojas comprendidas por los dinamismos que reducen al ciudadano a un ególatra racional pragmático, narciso consumista y *vacuoso*. No obstante, estos dinamismos deficitarios internamente tienen la potencia de expandir y configurar un ciudadano fiel a sí mismo que se autorrealiza, que quiere vivir mejor o de forma superior. Por lo tanto, este ciudadano se plantea desde estas formas egocéntricas, deslizamientos hacia una justicia intersubjetiva, que con el diálogo y el reconocimiento, busca esfuerzos conjuntos de integración con la trascendencia, con la vida humana y el cosmos.

En este contexto de integración, el ciudadano ambiental sabe que el equilibrio natural es importante para la tranquilidad en todos los órdenes. No obstante, le preocupa lo inesperado, la incertidumbre y la ambivalencia ambiental manifestada por la irregularidad del clima (profundos períodos de invierno y de verano), por la inestabilidad de los fenómenos naturales (terremotos, tsuna-

mis, tormentas perfectas) y por un calentamiento que no se modifica, por las medidas que se han tomado, constituyéndose en paliativos insulares que no influyen en lo global. Las implicaciones inmediatas estriban en las relaciones con los demás donde se afectan las necesidades básicas como la escasez del agua, el desabastecimiento de la comida, la carencia de espacios para viviendas dignas y el desempleo, lo que ocasiona fracturas sociales como la delincuencia, la violencia y la marginalidad.

El ciudadano ambiental se encuentra transversalizado por la sociedad del conocimiento propio de la posmodernidad industrial, empresarial y financiera que privilegia el saber práctico, operativo y funcional propio de la lógica del sistema consumista. Esta sociedad preforma los proyectos de vida y los proyectos ambientales para asegurar la sustentabilidad y la sostenibilidad para el beneficio de los procesos y procedimientos de las organizaciones empresariales. La paradoja estriba en que los proyectos institucionales buscan la eficacia, la eficiencia y la efectividad para obtener mayores crecimientos y rentabilidades. Sin embargo, no se articulan ni se correlacionan con los proyectos de vida y los proyectos naturales que tienen sus propias racionalidades y ciclos internos. Aquí la agenda está en vincular integralmente los proyectos empresariales con los proyectos de vida y ambientales.

El protagonista de esta articulación se encuentra en el ciudadano ambiental que con su saber práctico, operativo y funcional integra empresa, personas y ambiente con proyectos que promuevan a la humanidad, que sostengan la naturaleza y viabilicen los negocios. Para ello se diseñan planes ambientales, proyectos de ecosistemas, esfuerzos ecoturísticos y preservación de zoosistemas que traen beneficios humanos y rentabilidades para las empresas. Sin embargo, queda la pregunta sobre si son suficientes estos esfuerzos para detener la destrucción ambiental y sostener la naturaleza del calentamiento global. Con el tiempo se responderá. Sin embargo, en la humanidad de este siglo se tiene una conciencia ambiental muy diferente a los siglos anteriores, incluso totalmente contraria a la conciencia que se había formado en las últimas décadas del siglo XX. De ahí que el ciudadano ambiental es el ciudadano del siglo XXI.

Se finaliza esta reflexión delineando a un ciudadano ambiental que emerge en los tiempos actuales de la hipermodernidad de un ciudadano con una individualidad egoísta, narcisista y *vacuosa*. Sin embargo, el ciudadano ambiental, con una actitud diferente a la hipermodernidad, integra la cordialidad cuyo soporte se encuentra en “la compasión hacia los sentimientos con la naturaleza para encontrar un reconocimiento recíproco” (Cortina, 2010: 16). Con ello se disuelve la paradoja que no es la expresión de la pura subjetividad, pero tampoco de verdades objetivas de los individuos que pueden conocerlas. De igual forma, integra la compasión que no se confunde con la piedad, para desmontar la idea de *dignidad* (Mélích, 2010). Esta actitud ayuda a profundizar el significado de la intimidad que hay en la relación de preservación entre la humanidad y lo ambiental, en esta perspectiva la compasión es una reflexión práctico-pedagógica para preservar la naturaleza. Aquí se disuelve la paradoja del “relativismo perspectivista”, cuyapreservación se hace mediante “la pedagogía del testimonio”. La palabra educativa del *decir* demostrativo encuentra su agregado en el silencio del *mostrar*, que nunca se confunde con el mutismo.

Bibliografía

- Aristóteles. (2004). *Ética a Nicómaco*. Buenos Aires: Losada.
- Beck, U. (1994). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Bell, D. (1974). *The Coming of Post-Industrial Society*. Nueva York: Harper Colophon.
- Copérnico, N. (1983). *Opúsculo sobre el movimiento de la tierra*. Madrid: Alianza.
- Cortina, A. (2010). *Justicia cordial*. Madrid: Trotta.
- Descartes, R. (2006). *Discurso del método*. México: Porrúa.
- Drucker, P. (1994). *La sociedad post capitalista*. Bogotá: Norma.
- Kant, I. (2002). *Crítica de la razón pura*. Madrid: Tecnos.
- Lasch, Ch. (1991). *La cultura del narcisismo*. Barcelona: Andrés Bello.
- Lipovetsky, G. (2010). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2004). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- Machlup, F. (1962). *The production and distribution of knowledge in the United States*. New Jersey: Princeton University Press.

- Mansel, R. (1998). *Las sociedades de conocimiento: la tecnología de la información para un desarrollo sustentable*. Nueva York: Oxford University Press.
- Masuda, Y. (1984). *La sociedad informatizada como sociedad posindustrial*. Madrid: Fundesco/Tecnos.
- Mélich, J. (2010). *Ética de la compasión*. Barcelona: Herder.
- Morin, E. (2003). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Nietzsche, F. (1974). *La gaya ciencia*. Medellín: Bedout.
- Pierce, Ch. (2008). *Pragmatismo*. Madrid: Encuentro.
- Platón. (1965). *El Fedro o la belleza*. Buenos Aires: Aguilar.
- Platón. (1998). *El Critón*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Taylor, Ch. (1991). *La ética de la autenticidad*. Barcelona: Paidós.